Cartas a Ella

Daniel I

Image not found.

Capítulo 1

Te Siento...

Nos cubre la noche, su velo oscuro sobre nuestros cuerpos oculta lo que otros llaman pecado. ¿Cómo podría ser profano estar en el paraíso? Recorro tu cuerpo con la punta de mis dedos, nunca he sentido tal suavidad antes, nunca he sentido tal ardor en mi pecho. Tomas mi rostro entre tus manos, delicadamente, acaricias mis labios, y yo... y yo sólo siento que el corazón quiere escaparse de mi pecho para anidarse junto al tuyo. Me besas, y aunque suene a cliché, el tiempo se detiene. Todo se paraliza. El torbellino en mi mente se apacigua ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo pude creerles que estaba mal querer a otra mujer? Te siento ahí junto a mi; te siento tan cálida, tan real.

Por eso...

Porque apareces y me pones el mundo de cabeza. Porque me tienes en la palma de tu mano, y si quisieras aplastarme sólo tendrías que cerrar el puño, y yo ni me quejaría. Porque me manejas a tu antojo con tus "te extraño", con tus "te quiero". Porque soy vulnerable ante tu risa… y un niño inocente, que cree cada una de tus palabras, ante tus ojos. Y es que me rindo cuando sonríes, cuando creas miles de historias y mundos posibles sólo con tocarme. Y es que, aunque me tiemble el alma al confesarlo, olvidarte, así sea por un segundo, es permitir que se me vaya la vida entre las manos. Porque soy vulnerable ante tu cuerpo y sus deseos. Porque, si quisieras, manejarme a tu antojo tu podrías… y yo… simplemente me convertiría en esclavo de tus tiempos. Por eso... te odio.

Tropiezo

Esta tarde, mientras el sol se ocultaba, me tropecé con una idea, creo que mañana tendré un morado. Me tropecé luego con un pensamiento, y casi, casi, caigo rodando por las escaleras. Sí, por las mismas donde me agarraste de la mano y entrelazaste tus dedos con los míos.
Al rato, increíblemente, me volví a tropezar. Pero, esta vez fue con un recuerdo, y me pareció electrocutarme con la sensación de estar a tu lado.
A este paso, voy a terminar en el hospital de los muñecos, mal herido, con una pierna astillada y necesitando que me remienden. Y todo porque a cierta hada por ahí, se le ha dado por revolotear en mi cabeza.